

La teoría neoclásica de los salarios y el plan Keynes

POR GERMÁN BERNÁCER

La teoría clásica del salario consistía en suponer que la recompensa de los trabajadores depende, en su cuantía total, de cierto fondo preexistente de capital; y, en su valor medio, de la magnitud de ese fondo, dividida por el número de trabajadores ocupados.

Si el salario medio exigido resulta superior al cociente de aquel fondo por el número de trabajadores que quiere emplearse, una parte de ellos habrá de quedar en paro y hará presión sobre el mercado de trabajo, tendiendo a incrementar el número de obreros ocupados mediante la reducción de su salario medio.

Esa reducción tiene un límite: aquel salario que permite al obrero subsistir. A poco que el fondo sea escaso, podemos estar seguros de que las franjas inferiores de los obreros no calificados se hallan siempre en el borde del límite de subsistencia. Si, por medios artificiales (intervención estatal, acciones sindicales, móviles filantrópicos), se logra incrementar el nivel medio de los salarios, será a expensas de aumentar la desocupación.

Estas ideas de la Economía clásica sirvieron de base al socialismo revolucionario. Lo que en opinión de los economistas ortodoxos era una limitación de la producción impuesta por el capital líquido de que se disponía para el pago de salarios, en la de Marx constituía una limitación de los salarios impuesta por los patronos, que les permitía lucrarse con el superproducto del obrero, de donde resultaba a la vez la explotación de éste y la superproducción o, mejor dicho, el subconsumo, ya que el obrero no puede readquirir, con su escasa congrua, más que una parte reducida de lo que produce. Según él, esto acabaría por conducir al régimen capitalista a la ruina, por causa de sus propios errores.

Ortodoxia y marxismo tienen una filiación común, en cuanto admiten la supeditación del hombre al dinero (1).

La Economía neoclásica, representada especialmente por la escuela de Cambridge, cuyo representante más notorio es Lord Keynes, ha dado una nueva versión de la doctrina del salario que, bajo apariencias teóricas revolucionarias, es la reproducción de la vieja tesis de sojuzgación del trabajo por el capital, de que son reflejo todas

las teorías conocidas, desde la mercantilista a la keynesiana.

¿Qué nos dice el modernísimo Keynes? —Helo aquí en substancias:

Ni los salarios ni la producción dependen de ningún fondo, dependen del ahorro, el cual está ligado a dos términos: la producción y el consumo. El ahorro es naturalmente la diferencia entre los dos. En verdad, no es el ahorro lo que determina la ocupación y los salarios, sino la capitalización (*investment*), pero, como —según Keynes— capitalización y ahorro son permanentemente iguales (una idea de prole clásica también), podemos considerar indistintamente a una u otro cual el resorte para incrementar la producción; ésta se liga al consumo por un coeficiente que expresa la propensión a consumir, coeficiente suplementario del que representa la propensión a ahorrar.

Keynes adopta también la idea del **multiplicador (multiplier)**, un coeficiente que, multiplicado por la capitalización, nos daría la ocupación resultante de ella; multiplicador siempre superior a la unidad, por la facultad de toda ocupación para engendrar otras nuevas, a causa de las nuevas demandas que origina, y que se halla relacionado con los anteriores coeficientes de consumo y ahorro por estrechas relaciones de dependencia.

El parentesco entre esta teoría y la del fondo de salarios es bastante visible, a pesar de todas esas novedades. La diferencia principal consiste en no admitir aparentemente un fondo inextensible de salarios. Ahora bien, como la ocupación aparece dependiendo de la capitalización, y ésta no puede ser mayor ni menor que el ahorro previo —ya que, aunque Keynes prescindiera en general del tiempo, éste es un factor importante en todo fenómeno dinámico, y un lapso habrá de transcurrir entre ahorro y capitalización, por pequeño que sea— resulta que la ocupación depende de un ahorro anterior, es decir, de un fondo preexistente. La disparidad se reduce a que Keynes admite que el fondo es variable de un momento a otro, por efecto de la propia inversión capitalista.

Mas tampoco la Economía clásica podía pretender que el fondo de salarios fuera invariable en el tiempo. Lo que algunos no admitían es que fuera elástico, es decir, variable en el espacio con arreglo a causas circunstanciales, como el tipo de interés, pues aunque tales influencias existan, no pueden ser instantáneas. Se trataría en todo caso de una simple cuestión de ritmo.

(1) Esta cuestión la he analizado más detenidamente en un artículo titulado «EL DINERO Y EL HOMBRE», aparecido en el número 131 de la Revista madrileña «Economía Mundial».

La Economía clásica admite, al igual que Keynes, que en todo momento

Capitalización = Ahorro

Un aumento de interés, por ejemplo, determina mayor estímulo al ahorro (**propensity to save**). Pero tal estímulo no puede tener efectividad hasta más tarde. En esto la teoría clásica era más lógica que la neoclásica; para admitir que un aumento del premio del capital ejerza un efecto, si no rigurosamente inmediato, sensiblemente inmediato, sería menester aceptar que la capitalización no es simultánea con el ahorro. Y Keynes no lo acepta, como no lo aceptaba la escuela clásica.

Aquí existe un elemento de irracionalidad en las ideas keynesianas, que tiene las mayores consecuencias para la fecundidad práctica de sus doctrinas. La escuela clásica prescindía erróneamente del mecanismo monetario. Para ella, ahorro y capitalización eran sinónimos y simultáneos. Producir bienes permanentes era ahorrar y a la vez capitalizar, esto es, producir capitales. No distinguía entre ahorro en sentido individual de dinero ahorrado, y ahorro en sentido social de acumulación de bienes duraderos, lo cual resultaba bastante lógico dentro de la concepción de una economía equilibrada, en que se prescindía del ciclo económico. En el orden de ideas modernas que se preocupan de explicar precisamente las fluctuaciones económicas, nos conduce a un callejón sin salida.

Cierto que, para Keynes, el dinero para capitalizar no procede ya tan sólo del ahorro. Es principalmente una creación bancaria. Y he aquí, sin duda, el origen de las diferencias de matiz entre las ideas de Keynes y las clásicas. Cuando los economistas de la buena época manchesteriana crearon sus doctrinas, el mecanismo bancario no había adquirido la agilidad que tiene actualmente. Los fracasos de las primeras experiencias de circulación fiduciaria aconsejaban cautela en el uso de este resorte. Y el dinero escritural había de nacer todavía, bajo la influencia precisamente de las restricciones que se creyó prudente introducir en las emisiones de papel moneda.

Esta parte de la ideología de Keynes tiene el

mayor interés, porque nos da la clave de las directrices que han inspirado su plan monetario de post-guerra.

Keynes, sobre cuyas ideas han influido poderosamente las experiencias monetarias inglesas de los años 1929 a 1933 (crisis y profunda depresión, caída del patrón oro, rápida reposición subsiguiente), siente una repugnancia visible hacia la restauración de un patrón oro, que vendría a interferir con la política monetaria adecuada para reducir el paro. Para el economista inglés, el objetivo no es mantener una cierta paridad de la moneda con el oro, sino promover un nivel de precios que anule, si es posible, la desocupación, o al menos la reduzca al mínimo práctico.

El interés del dinero que, en la política financiera de tipo clásico era un instrumento monetario mediante el cual se mantenía la paridad con el oro, ahora ya no puede ser eso, porque ha de ser un instrumento coyuntural. La tasa de interés ideal es aquella que suprima el paro sin caer en la inflación, y no la que mantenga el equilibrio del balance de pagos a una paridad dada.

Con el patrón oro es indispensable la defensa aduanera, de que podría prescindirse con un patrón papel puro debidamente manejado. De donde resulta que el patrón oro, cuya principal utilidad era favorecer las relaciones económicas internacionales, facilitando los pagos y conservando cambios estables, es indirectamente un obstáculo para el libre tráfico.

Keynes llega, pues, en algunos aspectos, a conclusiones distintas de las de los clásicos, más por intuición práctica que por consecuencia lógica de sus doctrinas. En el fondo contienen éstas la misma idea del predominio del dinero sobre el trabajo; le busca una nueva explicación, pero no penetra en sus causas profundas, que permitirían liberar al trabajo y a la producción de esa cadena; más bien propende a aceptarla y justificarla.

Ante la nuez que encierra este problema, los clásicos se limitaron a acusar su presencia; Marx especuló sobre su contenido; los neoclásicos, más osados, han roto la nuez, se les ha caído la semilla y nos presentan las cáscaras vacías en demostración de que no tenía nada dentro.